

Seminario On-line de la Escuela Abierta de Psicoanálisis

Seminario XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis.

Lección XI. *Análisis y verdad: o el cierre del Inconsciente.*

Jorge Ríos Martínez.

Introducción

Para darle continuidad al conjunto de capítulos dedicados a la Transferencia y la Pulsión voy a empezar retomando algunas cuestiones del capítulo anterior X. Presencia del Analista, principalmente las que están más en relación con el capítulo XI.

En este capítulo Presencia del analista, Lacan nos aproxima al concepto de transferencia, teniendo en cuenta que ella no es posible sin la presencia del analista, por lo tanto esta aproximación al concepto nos la hace sobre el fondo de una pregunta: ¿qué es un analista? ¿cómo se hace presente?

La Transferencia es un concepto clave hasta el punto que se dice de él que es un concepto que rige la manera de tratar a los pacientes y a la inversa: la manera de tratar a los pacientes rige el concepto. Es decir que va a condicionar la práctica de cualquier análisis y por ende la práctica de cualquier analista.

Toma la transferencia como la relación que se establece en el dispositivo analítico entre el analista y el analizante, con sus afectos positivos o negativos; transferencia que va a ser motor y resistencia; va a dinamizar pero también va a obstaculizar.

Podemos preguntarnos, ¿Es la transferencia algo espontáneo o es inducida? , se aclara cuando Lacan dice que la transferencia se va a instalar cuando se den las condiciones necesarias y la primera condición es que se instituya el sujeto supuesto saber (S.s.S); de ahí que, en un primer momento se de una cierta situación de engaño, de equívoco, en la que el analista acepta ser el depositario de un cierto saber - sin engañarse, puesto que el saber no está dado de antemano, es algo que hay que producir.

El psicoanalista debe ocupar el lugar de “la docta ignorancia”: ignorar lo que sabe posibilitando la producción de un saber. El paciente quiere saber; algo le ha llevado allí.

La transferencia, hemos dicho, hay que tomarla en su relación a la presencia del analista, presencia que a su vez es una manifestación del inconsciente, aún en los

casos en que esa presencia se manifiesta como rechazo del inconsciente; como cierre, (que es de lo que, el siguiente capítulo).Apertura y cierre que tienen que ver con el carácter pulsional y temporal del inconsciente, y motor y resistencia que caen del lado de la transferencia.

Es decir, que la presencia del analista puede ser causa de la obstrucción del discurso cuando intenta alianzas entre “yoes” sanos o se pone en el lugar del ideal. (Caso Dora. El yo de Freud y sus prejuicios).

Si un análisis es la experiencia del inconsciente, experiencia que hace aparecer un saber no sabido con efectos de verdad, ello es posible a que hay un analista; pero, ¿qué es lo que en realidad debe de haber de ese analista? ¿Un ideal a proponer, un objeto amoroso para seducir; su “yo bueno”? Su integridad? ¿su saber? Lo que se juega ahí por parte del analista es el deseo de un analista; su escucha, interpretación, lectura.

Entonces estamos más o menos de acuerdo en que hay emergencia posible del Incs. si hay analista y que el trabajo en el análisis es bajo transferencia. Transferencia que habrá que considerar como una experiencia dialéctica de encuentro con el Otro.

Pero la transferencia es motor y obstáculo; el analista consigue con sus señalamientos, pequeñas aperturas en las que algo del inconsciente se produce para cerrarse; el analista debe con sus intervenciones propiciar de nuevo la apertura.

El inconsciente es pulsación temporal; se abre para cerrarse. Es en relación al circuito de la pulsión en su intento siempre fallido de alcanzar el objeto “a”, objeto de satisfacción, (perdido para Freud, inexistente para Lacan), al que la pulsión solo puede bordear, nunca alcanzar, lo que inaugurará el circuito de la repetición y del deseo.

La transferencia, también lo hemos visto, aporta un límite a la indeterminación del sujeto. Al no haber ninguna verdad última que asegure el ser del sujeto, ni ningún significante que nombre al sujeto- puesto que el significante lo único que hace es representarle, pero no nombrarle, ante otro significante – este sujeto que sabemos que surge como efecto de la palabra y que luego se desvanece en la cadena significante; este sujeto queda en la indeterminación de que no haya significante para nombrarlo.

La transferencia es el medio por el cual el Incs. se vuelve a cerrar; se cierra cuando surge la realidad sexual en presencia del analista; cuando la presencia del analista “me concierne”; cuando algo que podría ser transferido al analista, algún significante,

encuentra obstáculo precisamente porque capta la “presencia del analista” como posición en la que pudiera devenir algo que al sujeto del inconsciente no le interesa; recela del analista. Puede empañar la transferencia amorosa.

En ese momento de cierre es donde la interpretación, los señalamientos del analista, pueden tener efecto, efectos de verdad; pero para ello el analista ha tenido que poder “escuchar” algo ahí. En el tropiezo, en el desliz que anuncia la presencia del inconsciente. Ahora bien, si hay algún efecto de verdad, se verá en las próximas sesiones, en asociaciones posteriores del paciente. No hay sincronía entre esos dos movimientos.

Por eso nos dice Freud: el analista debe esperar al cierre de la transferencia para dar la interpretación.

Por lo tanto, se pueden entender las críticas que hace Lacan a los que proponen una alianza entre parte sana del analista y yo del paciente (al yo no le interesa la verdad): el yo es el que quiere cerrar, en la metáfora de la Beldad, los postigos (realidad sexual del Incs.) para que el inconsciente que está fuera no pueda seguir hablando con la beldad que es el sujeto y que está en un interior. Es el analista quien abre los postigos en el acto analítico.

Al finalizar subraya tres cuestiones:

1º Lo que está en juego en un análisis es del orden de la verdad y el fundamento de la verdad es la palabra que, aunque mentirosa, la invoca y la suscita

2º No hay otro camino hacia la verdad que el amor y junto al amor surge el problema del engaño. Amor engañoso, amor pulsión, engaño fantasmático del sujeto pero que guía el camino de la verdad.

3º No solo es el amor la causa del cierre de la transferencia; lo causa el objeto a; el analista como objeto a; como lugar causa del deseo.

Clase XI. Análisis y verdad: o el cierre del inconsciente

1

Sigue la estela de la clase anterior, PRESENCIA DEL ANALISTA, dentro de los capítulos que se dedican a la Transferencia y la Pulsión. Vuelve a traer la cuestión del concepto

de transferencia pero lo que va a intentar responder es la siguiente pregunta: ¿Cómo hay que considerar esa transferencia? ¿Qué es y qué no es?

Continúa comentando el texto de Thomas S. Szasz. 1926 editada en el *International Journal of Psychoanalysis*, en busca de la *autenticidad del camino analítico*; de la *integridad del analista*; de la presencia auténtica del analista; porque si bien el analista contribuye a la aparición de la transferencia, es decir a la puesta en acto del Incs, también, según vamos a ir viendo, puede contribuir al cierre de éste.

El analista, según el trabajo de Szasz, debe designar los efectos de discordancia, que se producen respecto de la realidad. Primero toma un caso en que esta discordancia sería manifiesta. La de Spitz en la que en uno de los sueños de uno de sus pacientes, llamado sueño de transferencia amorosa, éste ve a Spitz, que es totalmente calvo, pelado, con una abundante cabellera rubia; con ironía comenta Lacan que ahí no será difícil hacer notar al paciente cual es su discordancia. Pero en otro tipo de situaciones el paciente puede estar de acuerdo o no con lo que le plantea el psicoanalista; entonces, ¿cómo decidir en base al principio de que “el analista tienen siempre la razón”?; esto nos coloca en ese polo idealizante que Szasz llama “la integridad del psicoanalista”.

Vemos que Szasz, opera entonces desde un plano erístico (término procedente del griego "eristiké" (aficionado a la discusión) que se proponen como único objetivo la victoria en la discusión. Lo que hacían los sofistas. Darle la vuelta a cualquier argumento.

En el plano heurístico, sin embargo (*heurística* significa «hallar, inventar», etimología que comparte con Eureka: descubrir), plano por lo tanto dialéctico, se trataría del diálogo que busca el conocimiento de la verdad.

Operar por tanto no desde el plano heurístico, sino desde el erístico, es una tendencia, dice Lacan, que desde hace tiempo se ha denunciado.

Se llega a un impasse que supone una verdadera crisis de conciencia en la función del analista. Y esto debido a cierto modo unilateral de tratar la transferencia.

La relación entre paciente y analista se da en un plano que no es ni simétrico ni recíproco; en él se instituye una **dimensión: una búsqueda de la verdad** en la que se supone que uno sabe más que otro (sujeto supuesto saber).

De esto se da cuenta Szasz pero, muy equivocadamente, lo deplora. Prefiere aferrarse a la integridad, a la autoridad moral.

Antes de continuar aclaremos que Lacan a utilizado el neologismo *dit-mension* para acentuar el lugar del dicho en su resonancia con mansión y con mens: mentira; junto a la verdad. Engaño certero o verdad engañosa.

Recordemos que una cosa era lo **dicho**: lo que cuenta el paciente, lo que comunica y que tienen que ver con el yo, y otra distinta el **decir**: los tropiezos del lenguaje, los fallidos, las formaciones del Inconsciente; lo que en verdad debe poder escuchar el analista.

Ya por aquí avanzamos algo que vamos a ver con más detalle cuando hablemos del plano del enunciado y del plano de la enunciación.

Entonces, en esa búsqueda de verdad, en ese supuesto saber, ahí ya hay algo de engaño, puesto que el analista tienen que suponer que sabe; el analista no debe llamarse a engaño ni dejarse engañar, pero también surge el pensamiento, en el sujeto que empieza a emerger, de que no debe engañarse pero también de que lo pueden engañar a él.

Recordemos que ese sujeto que emerge es efecto del discurso y que no hay que confundir ni con el analista, ni con el paciente.

Por tanto no es simplemente que el sujeto esté en el error, en la falta; es que en su discurso está situada la dimensión del engañarse. O sea que decir lo verdadero, mentir, engañarse, como se propone en el primero de los epígrafes iniciales de la clase XI van a ser cuestiones claves a lo largo, no solo de este y otros capítulos, sino del análisis en sí.

Voy a hablar un poco más de la VERDAD, (engaño verídico o verdad engañosa) esa dimensión y para hacerlo quiero traer a colación un artículo “El arte del engaño” que recién publicó Vicente Verdú en el diario EL PAÍS (sábado 12.6.12), en relación al último libro de Mario Vargas Llosa: “La civilización del espectáculo”. Sostiene Vargas Llosa que «La cultura, en el sentido que tradicionalmente se ha dado a este vocablo, está en nuestros días a punto de desaparecer». Debido a la banalización de las artes y la literatura, el triunfo del periodismo amarillista y la frivolidad de la política; todos ellos síntomas de un mal mayor que aqueja a la sociedad contemporánea: la idea temeraria de convertir en bien supremo nuestra natural propensión a divertirnos.

Al hilo de esto y como contrapunto le sale al paso V. Verdú en su artículo “El arte del engaño” diciendo que:

“La mentira es un fornido pilar de la civilización. La mentira espolvorea la historia y se convierte en un sonoro granizo cuando los tiempos aprietan. O en pólvora casi diariamente. Tanto en la literatura como en la ciencia- donde lo patente tarda poco tiempo en ser refutado por “otra patente”- el engaño serpentea en su desarrollo. El arte viene a ser “la verdad de las mentiras”. La creación artística nos recrea y de la misma manera que las réplicas nos fascinan y las falsificaciones nos liberan, el arte nos salva de la **verdad Imperial**. La verdad tan pura que termina inexorablemente por matar”.

Es decir que hay que poder aceptar el engaño, la ficción como parte de nuestras producciones, psicoanálisis incluido, y cuidarse de las Verdades Imperiales; de esas tan puras que llegan a matar.

Me parece pertinente traer a colación estos textos de la actualidad cultural porque La EAP sostiene que: **El psicoanálisis** que preconiza la escuela es el del lazo social, o sea, no el individuo aislado, sino el que tomamos como sujeto situado en lo contemporáneo y en la historia de la cultura.

Venga pues un trazo de contemporaneidad y de cultura que nos permita situar en qué contexto adviene el sujeto actual; el sujeto que demanda nuestra atención.

Habíamos señalado la importancia de una dimensión esencial: **una búsqueda de la verdad** en la que se supone que uno sabe más que otro (sujeto supuesto saber).

En uno de sus grandes textos conclusivos (Análisis terminable e interminable, 1937), Freud escribe que «la relación psicoanalítica está basada en el amor a la verdad» ¿de qué verdad se trata?, ¿a quién le interesa la verdad? ¿quién necesita la verdad cuando, además, una mentira convenientemente repetida se transforma en una verdad? ¿qué verdades son las que atañen al sujeto del inconsciente?

Lacan considera el punto de vista de los filósofos y de los lógicos, pero parte de la idea de que la verdad no puede tener otro fundamento que la palabra.

Recordemos como Heidegger ya había mostrado que la verdad, en su origen *aletheia* (develamiento), había devenido, después de Platón, *adequatio rei et intellectus* [adecuación de la cosa y el intelecto], señalando la importancia que así adquirió la mirada porque ella comprueba la adecuación.

Lacan cuestiona esta “**adecuación**” que propone la filosofía y escribe que «la palabra aparece tanto más como palabra cuanto menos fundada está la verdad en lo que se llama la adecuación a la cosa» (Escritos).

La verdad se funda en que ella habla y no tienen otro modo de hacerlo. Habla en las formaciones del inconsciente y en los síntomas. No puede adecuarse a otra cosa. “Yo, la verdad, hablo”, va a decir Lacan y también va a decir que la verdad es extraña, inhumana, que es el destino de todos rechazar lo horrible de ella.

La palabra entonces, tomada como significante no designa la cosa sino que representa al sujeto: sólo puede haber adecuación a la cosa fuera del registro del significante y del sujeto.

Lacan nos aclara un poco más esta cuestión en «Subversión del sujeto y dialéctica del deseo», en Escritos) cuando escribe:

«Está claro que la palabra sólo comienza con el paso de la finta [del gesto] al orden del significante, y que el significante exige otro lugar -el lugar del Otro - para que la palabra que soporta pueda mentir, es decir, pueda plantearse como Verdad. De este modo, es de otra parte -no de la Realidad a la que concierne- de donde la Verdad extrae su garantía: de la Palabra. Y de esta, además, recibe esa marca que la instituye en una estructura de ficción»

Volviendo al texto de la clase de hoy vemos la referencia al trabajo de otro analista *Nünberg: The Will of Recovery* (La voluntad de la recuperación); que Lacan traduce no tanto como curación sino como restauración, retorno; que a mí, me suena en concomitancia con la expresión “retorno de lo reprimido”.

Nünberg plantea la pregunta de ¿qué lleva a un paciente a recurrir al analista cuando sabemos, según la teoría, que su síntoma le está hecho para producirle ciertas satisfacciones? ¿Hay voluntad de recuperación o de retorno? Y lo plantea por algo que también tienen que ver con la verdad y con el engaño.

Nos muestra con diversos ejemplos que son los motivos inconscientes los que marcan ese retorno. Por ejemplo plantea cómo ante tropiezos en la vida sexual de la pareja o debido a causas extramaritales, en realidad lo que el paciente va buscando es la ruptura del hogar más que la paz conyugal que sería, en principio, lo que el paciente expresa como solución a su problema. Es decir que va buscando lo contrario

de lo que enuncia como solución a su problema. Otra vez la cuestión del dicho y del decir o del enunciado y la enunciación.

Señala Lacan con cierta vehemencia: *“Aquí nos topamos **por fin y al máximo** - en el acto mismo con el que se emprende el análisis y por ello, ciertamente también en sus primeros pasos- con la profunda ambigüedad de toda aseveración del paciente, debido a que ella tienen de por sí dos caras. Nosotros nos topamos con la dimensión de la verdad como algo que se instaure con cierta mentira y aun por ella, cosa que en realidad no la quebranta, pues la propia mentira se postula en la dimensión de la verdad.*

2

Y sigue diciendo: *“Ahora ven porqué el punto de referencia que hemos querido destacar para una **rectificación general de la teoría analítica** es la relación del sujeto con el significante, porque éste es **primordial y constituyente** tanto en la instauración de la experiencia psicoanalítica como en la función radical del inconsciente.”*

En la clase anterior comentaron cómo Lacan va a insistir en que consideremos al significante no de forma aislada sino en relación al goce que queda anudado a él; es decir: en relación a lo real. Esa parte de goce que no puede ser simbolizada, porque lo simbólico tiene un límite en lo real; no todo el goce perdido en el cuerpo del niño, nos explicaban, pasa a la palabra. No todo lo real puede ser absorbido por lo simbólico, por lo tanto no va a haber un sujeto acabado en su identidad. Entender lo real como descompletamiento del sujeto.

El sujeto busca un complemento de ser en el amor, en el fantasma, en el yo, en el ideal. No se trata de un sujeto acabado y menos de una identidad absoluta. Busca permanentemente la completud en una imagen inaugural; reconstituirse en esa imagen siempre evanescente.

Para entender mejor cómo se instaure esta dimensión de la verdad y protegerla de los absurdos a los que llega un pensamiento demasiado formal debemos poder situar esta dimensión en relación a dos planos: el plano del enunciado y el plano de la enunciación. En el lugar en el que los lógicos positivistas ven una contradicción irresoluble, una antinomia, vamos a poder entender cómo la verdad no depende del enunciado sino de las hiancias donde acontece el sujeto de la enunciación.

Es frecuente que escuchemos decir: “lo que de verdad quería decir”; “lo que en realidad yo quiero decir”, todo esto se dice porque sé que no estoy diciendo lo que quiero decir; porque siempre se dice más o menos de lo que se quiere decir; no hay forma de decir exactamente lo que se quiere decir; de comunicar aquello que quisiéramos que el otro entendiera. La comunicación entre seres hablantes no existe, y menos de forma total, por eso tenemos que seguir hablando. Vemos que lo que digo y lo que quiero decir; lo que expreso pero lo que me gustaría que entendieras, se juega en dos planos distintos.

Por eso se habla de “mediodecir”; de que la verdad es un “medio decir”; decir en voz baja, “*sotto voce*”. No hay verdades con mayúscula, imperiales. Hay que tomar la verdad como un punto de mira; no como si hubiera alguna verdad última.

Si tomamos el enunciado **Yo miento**, la lógica diría que si dice yo miento está diciendo la verdad con lo cual no estaría mintiendo. Pero resulta que un enunciado produce de forma retroactiva una enunciación. Toda enunciación - lo que se ubique en el plano de la enunciación - nos va a hablar del deseo y es animada por él.

Esta división entre el enunciado y la enunciación hace que del “**yo miento**” que se sitúa a nivel de la cadena del enunciado, resulte un “**yo te engaño**”. (situado en el plano de la enunciación). Y que al decir “yo miento” sea posible afirmar que además de mentir es posible que se tenga la intención de engañar.

Es en ese “yo te engaño” el punto donde el analista espera al sujeto y le devuelve, su propio mensaje en su verdadera significación, es decir, en forma invertida: en ese yo te engaño, dices la verdad.

Es decir que por el camino del engaño por el que el sujeto se aventura, la postura del analista le permite formular ese **tú dices la verdad**; nuestra interpretación sólo tienen sentido en esa dimensión (la dimensión de la verdad y del engaño). Es la revelación del engaño, en la transferencia, la que produce aquí un efecto de verdad; engaño que se puede señalar cuando el analista tienen en cuenta la ambigüedad de toda aseveración, por lo que no se siente engañado.

Recordemos la profunda ambigüedad de cualquier aseveración del paciente en el acto mismo en que se emprende un análisis. (.....)

Esto puede tener hasta su chiste y así lo recoge Freud en “El chiste y su relación con el inconsciente.” En el chiste de los judíos.

El que enuncia dice “*Voy a Lemberg*” y el sujeto que advienen por causa de la enunciación, se interroga pensando: *porqué me dirá que va Lemberg si lo que quiere*

que piense es que no va a Lemberg sino que quiere hacerme creer que va a Cracovia.
Es decir: porqué me dice la verdad si lo que quiere es engañarme. O lo que es lo mismo hay un sujeto que dice la verdad sujeto de la enunciación – voy a Lemberg- y hay otro sujeto, el del enunciado que dice Voy a Cracovia.

En definitiva; diciendo la verdad se puede engañar y mintiendo se puede decir una verdad.

Freud nos dice: estos chistes nos hacen sonreír por el placer que nos produce infringir las reglas del juicio, atacar las leyes del conocimiento, burlar la lógica y, por si esto fuera poco, redoblar dicha satisfacción sacando partido de nuestra incertidumbre sobre la verdad. Si se miente cuando se dice la verdad y se dice la verdad con una mentira ¿la sanción de la verdad corre por cuenta del oyente, se diga lo que se diga? ¿O hay una verdad genuina que merece ser transmitida?

Proceder de esta manera, considerando la existencia de dos planos, enunciado y enunciación; de lo dicho y del decir, es hacer posible el surgimiento del Incs tal y como Freud y Lacan lo entienden.

Recuerden cuando Lacan decía que en la relación que se instaura en el análisis, tal como lo entendía Szasz, quedaba eludida una dimensión: la dimensión de la verdad.

Recordemos el comentario de Freud – en las cartas a Fliess- diciendo: mis histéricas me engañan. No era necesario que algo hubiera ocurrido de verdad sino que algo funcionara como verdad.

En una supervisión surge la pregunta:¿ cómo te engaña tu paciente? Sorpresa e incredulidad. ¡¡Los pacientes pueden engañar!!!!

¿ A cuenta de qué trae Lacan a colación el cogito cartesiano?¿Porque lo hace pasar por el plano el enunciado y de la enunciación?

Pues porque la ciencia moderna está arraigada en el cogito de Descartes: el ‘yo pienso’ que garantiza que ‘yo soy’, que proporciona una unidad paradigmática de saber y verdad; de pensamiento y existencia.

El sujeto de la ciencia es también el sujeto del psicoanálisis pero con algunas diferencias; la más importante va a apuntar directamente al deseo.

Podemos preguntarnos si podemos soñar despiertos o si cuando estamos despiertos podemos soñar. Por eso Freud, se dirige al sujeto diciéndole: Aquí, *en el campo del sueño, estás en casa.* (*Wo es war, soll Ich werden*) (*allí donde eso estaba el Ich- el sujeto- ha de advenir.*

Paradójicamente el sujeto acaba dando consigo mismo sólo que en otro lugar.

Tanto Descartes como Freud parten de *la duda*, que los conduce a la certeza. Pero mientras para Descartes el garante de la verdad es Dios, para Freud la existencia de un orden inconsciente vincula la verdad a la mentira. Para Lacan “los dioses pertenecen al campo de lo real”. ¿Y Dios? “Dios es inconsciente”.

El inconsciente **no** está constituido por lo que la conciencia puede evocar, sino por aquello que le está negado a la conciencia. No es del enunciado de donde podemos sacar algo sino de la enunciación.

Descartes “engancha” su “*yo pienso*” en la enunciación y el *yo dudo* (cogitans), en el enunciado. El “yo pienso” cartesiano vemos que en su afán de certeza, siempre ligada a la duda metódica, no pasa de ser un aborto; porque la certeza de un pensamiento hay que hacerla pasar por la prueba de la realidad; de la “verdad”; si no, se queda en un quiero pero no puedo; no es lo mismo pensar que pasar a la acción; pero no de la verdad absoluta encarnada por Dios. Se trata de una verdad tomada como los efectos de verdad que ella pueda producir en el discurso del sujeto, algo que pueda entenderse en torno a su deseo.

Por eso el cogito cartesiano pasa a Freud como: *desidero*. Deseo.

De esta manera lo que señala Lacan es la diferencia de status que le da al sujeto el descubrimiento de la dimensión del inconsciente freudiano, proveniente del deseo. Se podría decir: “soy aquello que toca a mi deseo”.

Del mismo modo que cuando hablábamos de la mirada como objeto “a”, en la pulsión escópica, decíamos: “allí donde el sujeto se ve no es allí desde donde se mira” ahora podemos superponer: Donde se es no se piensa o donde se piensa no se es.

Reformulamos el cogito *pienso luego existo* en “Pienso; luego, soy.”

Es decir, que no se trataría tanto de saber lo que piensa un paciente sino de qué pasa con su deseo; con la verdad de su deseo. Muy interesante lo que piensa pero, ¿y lo que desea?

Recuerden también la diferencia entre el espacio geometral en donde podríamos situar el punto de vista geometral, cartesiano; y el espacio de la visión, el punto luminoso, lo que nos mira, en donde veíamos capturado al sujeto que nos concierne. Capturados en esa imagen anamórfica, inquietante, que Holbein nos mostraba en su cuadro. (la muerte). Cuadro de “Los embajadores”.

El esquema óptico de Daniel Lagache nos sirve de ejemplo para entender cómo donde el sujeto se ve, se forma una imagen real e invertida de su propio cuerpo.

Lo que advienen como yo, o yo ideal, esa realidad imaginaria, se constituye y tiene que tratar de ajustarse en campo el Otro

Vamos a seguir con el texto.

Inevitablemente se produjo en la historia del pensamiento el hecho de tomar ese yo (je) del cogito por el homúnculo; Ese yo sería la instancia, sería el hombrecillo, el homúnculo, que gobierna al hombre en su interior. Freud va a decir: “no mandamos en nuestra casa”, en referencia a la sobredeterminación a que nuestro Incs nos expone; pero de ahí a que mande el “homúnculo” hay un trecho

Entendemos la importancia de comprender, sostener, la noción de sujeto; sujeto afectado por el Incs; efecto del Incs y por tanto sometido a la Ley del significante. Sujeto simbolizado como \$ y que va a quedar constituido como segundo respecto del significante primordial, llamado rasgo unario, y que permite, la primera separación y la emergencia del sujeto en el circuito de las demandas y luego en el del deseo.

Así queda marcada la primera esquicia que hace que el sujeto como tal se distinga del signo respecto del cual se pudo constituir primero como sujeto. Por eso no hay que confundir \$- sujeto que está en el campo del Otro – con el yo que se constituye a imagen del objeto a, objeto narcisista que viene a completar; imagen idealizante. En la que el sujeto se va a ver, se va a identificar, en una completud imaginaria; momento en que se imagina hombre solo porque se imagina.

Podríamos decir que: una cosa es cómo el sujeto es y otra cómo se imagina. Para imaginarnos nos las bastamos solitos pero para saber tenemos que aceptar la presencia de otro en función, además, de S.s.S.

Para no caer en el error de Szasz hay que situar al sujeto respecto al significante y no con respecto a la realidad tal y como suponemos que nos constituye. Realidad “prefabricada”.

3

Lacan se pregunta a cuenta del “objeto interno”, objeto bueno objeto malo de los kleinianos, cual es su status. ¿Objeto de percepción? ¿Dónde adviene? Tomarlo en consideración pero sin degradarlo hasta el punto de que sobre él se podría realizar lo mismo una selección de personal basada en test de personalidad que un análisis breve. (Terminable/interminable. Tiempo de sesión.)

A lo largo de este y otros capítulos hemos hablado del objeto a, “causa de deseo”, pero también objeto de la pulsión, que deviene con Lacan en objeto que también es letra, en los distintos modos que tienen de objetivarse: oral, anal, y al que Lacan agrega, escópico e invocante: voz y mirada.

Estas tienen que ser nuestras referencias, y no otras, para situar lo que venimos hablando. Qué es un análisis, cómo es eso de la transferencia.

Si el inconsciente es aquello que se vuelve a cerrar en cuanto se ha abierto, según una pulsación temporal; si, por otra parte la repetición no es mera reiteración de la conducta, si es repetición respecto de algo siempre fallido, la transferencia -tal como nos la presentan, o sea, como modelo de acceso a lo que se esconde en el inconsciente- sólo puede ser una vía muy precaria.

La transferencia no es por sí sola un modo operatorio suficiente si se la confunde con la eficacia de la repetición, con la restauración de lo que está escondido en el inconsciente y aun con la catarsis de los elementos inconscientes.

Lacan nos propone que imaginemos el inconsciente- aquello que aparece en la pulsación temporal- mediante el esquema de la nasa en la que el inconsciente se cierra por algo que desempeña el papel de obturador: el objeto a. Pero no es un obturador pasivo; no es un tapón.

Los enunciados de la asociación libre salen sin problemas mientras el objeto a no tapa el orificio; pero tras la apertura viene el cierre, el obstáculo a la rememoración que presentifica el cierre del inconsciente provocado por ese objeto a.

Pero, recordemos cuando decíamos: “la presencia del analista que me concierne”; esa que hacía justo de cierre del Incs. Los contenidos que el paciente deja de transferir por considerarlos “peligrosos” para su propia economía libidinal. El error de Freud en el caso Dora.

Así, Lacan, pretende mostrar la conciliación que debe haber entre el hecho de que la transferencia es a la vez obstáculo a la rememoración y presentificación del cierre del inconsciente. (Motor y resistencia)

La transferencia es el fracaso siempre en el momento exacto del buen encuentro (la pulsión no alcanza el objeto; lo bordea).

La transferencia no es ni un medio ni un fin; no se puede asociar con la identificación que sería una falsa terminación de análisis, ni con la rectificación realizante.

La transferencia no es la puesta en acto de una ilusión que nos llevaría a una identificación alienante, especular, o a una conformización idealizante. Al pacto entre los yoes buenos de unos y otros.

No se puede prestar a coartadas de este tipo en especial a las falsas terminaciones de análisis.(identificación con el analista).

Y aquí retomamos la primera pregunta que abrió la clase: ¿Cómo entender qué es la transferencia?

Lacan, de forma conclusiva, afirma: **La transferencia es la puesta en acto de la realidad del inconsciente.**

Pero no hay que omitir aquello que Freud destaca: que la sexualidad es la realidad del inconsciente. O sea: que el inconsciente es sexual.

FINAL

Lacan termina anunciando lo que va a tomar como inicio de su próximo capítulo:

La transferencia como la puesta en acto de la realidad del inconsciente, teniendo en cuenta que **la realidad del Incs es sexual.**

SÍNTESIS:

- Es preciso que hagamos surgir el campo del engaño posible, (mediante el S.s.S), porque ahí el analista va a poder señalar la verdad diferenciando el plano del enunciado del de la enunciación.
- No hay verdad absoluta a la que referenciar el sujeto; tampoco el significante nos sirve de referencia, de adecuación a ningún objeto .El significante es representante del sujeto ante otro sujeto.

- Justamente la “parte sana” es la que cierra la puerta, o la ventana, para hablar con la beldad, que quiere abrir los postigos para seguir hablando; con esa parte no es posible involucrarse ya que cierra.
- El Incs es el discurso del Otro; pero discurso que hay que realizar en presencia del analista y bajo transferencia.
- El Incs, no está detrás del cierre de los postigos, en el interior. Ahí estaría el sujeto, la beldad. El inconsciente está afuera. Es quien pide, por boca del analista, que vuelvan a abrir los postigos, (la realidad sexual), para poder seguir hablando con la beldad, con el sujeto.
- Es una paradoja que en el momento del cierre del inconsciente la interpretación pueda lograr su cometido.
- La transferencia es punto de impacto y momento de cierre; esta aparente contradicción hace que deba de ser tratado, mediante consideraciones topológicas, estructurales, como lo que es: un nudo.
- La transferencia es la puesta en acto de la realidad el inconsciente.